

Laudate

BOLETÍN DE NUESTRA SEÑORA DE LA CRISTIANDAD-ESPAÑA



JUNIO

Nº 45



El peregrinar camino cristiano

D. Miguel Ortega de la Fuente,
Universidad Francisco de Vitoria.

¿Es la Fe razonable? Parte III: La Fe como virtud

D. Víctor Asensi Ortega,
Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados.

Carta a los peregrinos

Sergio de Diego, Jefe adjunto de NSC-E.

Notas de actualidad

Peregrinación NSC-E.

Síguenos en nuestras redes sociales



Queridos peregrinos:

Recientemente ha tenido lugar la 43^a edición de la peregrinación de Pentecostés París - Chartres organizada por Notre-Dame de Chrétienté. En ella se ha superado una vez más el récord de inscritos, contando esta vez con 19.000 participantes. Y seguramente habrían sido muchos más, pero la organización tuvo que poner un límite por falta de aforo.

Tradición - Cristiandad - Misión. Ese es el lema de la asociación en la que nos hemos inspirado para crear Nuestra Señora de la Cristiandad - España. Y es que nuestro objetivo no es otro que atraer a las almas a Cristo para la mayor gloria de Dios. Queremos que la Peregrinación sea instrumento del que Dios nuestro Señor se sirva para convertir los corazones, para revelarse a aquellos que no le conocen; en definitiva, para ser más amado. Es por ello que el culto a Dios, la liturgia, ocupa un lugar central. El Señor se nos entrega a través de sus sacramentos, celebrados de la manera más digna posible a pesar de las circunstancias, sin descuidar ningún detalle. Queremos ser custodios de la tradición litúrgica que hemos recibido.

No debemos olvidar tampoco la profunda dimensión mariana de nuestra peregrinación. Quién mejor que la Santísima Virgen para conducirnos a su Hijo. En Covadonga tendremos la oportunidad de consagrarnos a Ella, o renovar nuestra consagración. Para ello nos prepararemos con una Novena que haremos llegar a todos los peregrinos oportunamente. Que Nuestra Señora de Covadonga interceda por nosotros en estos preparativos finales para nuestro encuentro con Ella.

Recibid un cordial saludo en Cristo,

Diana Catalán Vitas
Presidente de NSC-E

EL PEREGRINAR CAMINO CRISTIANO

D. Miguel Ortega de la Fuente, UFV.

Cuentan de un monje, ya muy mayor, que todos los días salía a dar una vuelta alrededor del convento enclavado en medio del campo. Se encontró un día con un caminante y le preguntó: «¿Eres un peregrino?». «No lo sé —contestó—, no tengo casa ni voy a ningún lugar concreto». El monje lo miró con ternura, se sentó a su lado y, tras un largo silencio, le explicó: «El que camina sin saber adónde va es un vagabundo. El que camina con una meta, aunque no la vea aún, es un peregrino. La diferencia no está en los pies, sino en el corazón».

Y es que el cristianismo ha comprendido desde sus orígenes la vida humana como un camino, un tránsito hacia una patria definitiva que no es de este mundo. Por eso, el ser peregrino no es solamente una experiencia física, sino una condición espiritual y existencial. El peregrinaje cristiano está profundamente enraizado en la Sagrada Escritura, en la liturgia, en la espiritualidad de los Padres de la Iglesia y en la experiencia concreta del pueblo cristiano a lo largo de los siglos; sin embargo, la actual precariedad de fines, la superficialidad y las ideologías imperantes ponen en riesgo no solo la vivencia de ser peregrino, sino incluso la de ser vagabundo, y nos convertimos en un ser encerrado en un tiovivo que da vueltas en el mismo lugar con una sensación ficticia de sentido.

El primer peregrino, y seguramente el más antiguo, es Abraham: Dios le llama a salir de su tierra, hacia una tierra que Él le mostrará (Gn 12, 1). Abraham camina en obediencia, sin saber adónde va, sostenido solo por la promesa divina. El Éxodo de Israel desde Egipto hacia la Tierra Prometida constituye otra imagen de camino del pueblo, hacia la liberación. En Jesucristo vemos también a un peregrino, su vida fue un constante caminar de aldea en aldea, de Galilea a Jerusalén. Desde una visión más teológica, es un camino desde el Padre, por amor al hombre, hasta la cruz y la muerte, y que culmina en la gloria de la resurrección.

El Concilio Vaticano II define a la Iglesia como el «pueblo de Dios en camino» (LG 48) hacia la Jerusalén celestial. Esta es una de las definiciones más hermosas de la Iglesia: porque apare-



San Agustín recibe a Cristo peregrino, José García Hidalgo, 1663 ca., Óleo sobre lienzo. Extraída de la colección digital del Museo del Prado.

ce no como una institución estática, sino como una comunidad en marcha. Así, no instala a los cristianos en este mundo como ciudadanos definitivos, sino que son extranjeros y peregrinos (Hb 11, 13).

La famosa carta a Diogneto nos muestra, asimismo, la vida del cristiano como peregrino, con la claridad de que su fin y ciudadanía son del cielo. San Agustín, en *La ciudad de Dios*, nos habla de que los cristianos son ciudadanos de la eternidad, en tránsito por este mundo. Para él, el corazón humano está inquieto hasta que descanse en Dios, y ese descanso solo llega al final del camino, después del peregrinaje terreno.

Por eso, desde los primeros siglos, los cristianos han practicado la peregrinación a lugares santos como expresión concreta de su deseo de conversión y encuentro con Dios. Pero ese peregrinar a Jerusalén, Roma y Santiago de Compostela no es solo un acto exterior, sino, sobre todo, una peregrinación de todo el ser, donde el caminar físico es también símbolo de una peregrinación interior. Sin duda, la primera gran peregrinación del cristiano es la interior, la del encuentro con la realidad profunda de lo que uno es —hijo de Dios— para intentar vivir este regalo desde la coherencia. Por lo tanto, el peregrino cristiano se forja en la escuela de la humildad, el silencio, la oración y la comunión. El paso lento, el cansancio, los encuentros con otros caminantes, el desprendimiento de lo superfluo... todo educa el alma en este sentido.

Y ¿qué implica todo esto? Dejar atrás el pecado, el egoísmo y las seguridades ilusorias. En definitiva, caminar sin tener todas las respuestas, confiando en que Dios guía; mirar más allá de las pruebas presentes, hacia la meta prometida; abrirse al encuentro, a la ayuda mutua, a la hospitalidad; dejarse tocar por la belleza del mundo como lugar cedido por Dios para esta vida presente, y, así, saber disfrutar del canto de un pájaro, del susurro del agua del río; formarse para saber apreciar más y aprovechar este camino.

Además, el cristiano está llamado a ser testigo en el camino. El peregrino cristiano no es solo

alguien que busca a Dios, sino alguien que descubre que ya es buscado por Él. Caminar se convierte en una respuesta a ese amor que nos precede. Nuestro caminar no es vagar, se dirige hacia una meta última, definitiva: la patria celestial, el encuentro eterno con Dios. En este horizonte se comprende plenamente la condición del cristiano como extranjero y peregrino en la tierra. Este mundo, con sus gozos y sufrimientos, es un lugar de paso; la verdadera morada del cristiano está en el cielo.

En esta línea, la teología cristiana interpreta el cielo no como un lugar físico más allá de las nubes, sino como la plena comunión con Dios, la vida definitiva en su presencia, donde toda sed será saciada, todo llanto consolado y toda esperanza cumplida (Ap 21, 3-4). Y la peregrinación terrena se convierte, de esta manera, en preparación para ese encuentro. Por eso, nuestro camino debe ser siempre una mezcla de alegría y esperanza, de esfuerzo y consolación, sabiendo que nuestra meta es más grande que cualquier otra: habitar para siempre en la casa del Padre (Jn 14, 2-3). Ciento que se hace a veces duro el camino, cuando llega la noche o el cansancio, pero el corazón del peregrino no se rinde, porque sabe que va hacia la morada donde ya lo espera el Amor. Esta es la razón última del caminar cristiano: no la búsqueda de una experiencia, sino la respuesta a una promesa. Así que es el momento de elegir ser peregrino, vagabundo o muñeco de tiovivo.

¿ES LA FE RAZONABLE?. PARTE III: LA FE COMO VIRTUD

D. Víctor Asensi Ortega, Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados

En el artículo anterior hablamos de la fe en general. Nuestro punto de partida fue su definición escolástica: Fe es certeza sobre algo no demostrado. Siguiendo esta definición, la fe es una «tercera vía» de conocer: nosotros mismos no comprobamos con la razón o los sentidos la certeza de la afirmación creída, pero nos fiamos del testimonio que nos la transmite, y le achacamos el mismo nivel de verdad que si lo hubiéramos comprobado. También vimos que esto era completamente razonable.

La Fe, por tanto, no puede operar sobre cosas vistas (comprobadas). En este sentido analizamos el versículo Juan 20, 29 en el que Cristo

le dice a santo Tomás Apóstol que aunque él ha comprobado con sus sentidos su Resurrección, otros serán dichosos cuando la crean sin haberla visto. Esos otros somos nosotros, que nos fiamos del testimonio de Cristo transmitido a través de su Iglesia, en la cadena fidedigna de testimonio que llamamos la Tradición Apostólica.

Sin embargo, en este caso hay una particularidad. Y es que la verdad que testimonia Cristo no es una verdad cualquiera. Hasta ahora hemos hablado de fe respecto a afirmaciones que, de alguna manera u otra, alguien había visto. Por ejemplo, cuando un estudiante se fía



La Virgen con el Niño entre las Virtudes Teologales y santos, Claudio Coello, 1669, Óleo sobre lienzo. Extraída de la colección digital del Museo del Prado.

de los principios que no ha comprobado, la razón le dice que los podría comprobar. Incluso las verdades que uno nunca puede comprobar, como es la experiencia ajena (sirva de ejemplo algo tan trivial como «ayer me encontré con no-sé-quién en la calle») alguien las tiene por ciencia.

En otras palabras: el acto de fe cotidiano, el natural, versa sobre afirmaciones que unos tienen por fe pero otros tienen por ciencia. El acto de fe natural se ocupa de verdades que están, han estado o pueden estar al alcance de los hombres. En cambio, el objeto de la Fe cristiana es una verdad inalcanzable por la razón humana: la verdad revelada.

Volviendo al evangelio de Juan, previamente a las palabras de Cristo, santo Tomás exclama: «Señor mío y Dios mío». Esta confesión de Fe, que Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre, no es algo que santo Tomás comprueba pero el mero hecho de verlo resucitado, pues otros habían resucitado antes que Cristo. Para el apóstol, la resurrección del Señor es el sello de su testimonio, es el signo que confirma todas sus enseñanzas, es la prueba de que Él es la Verdad. Es a la divinidad de Cristo, y no a su resurrección, a lo que está referido su acto de Fe.

No en vano, Cristo había dicho en muchas ocasiones que sus obras dan testimonio de Él y del que le ha enviado, y que su testimonio se haría patente cuando fuera elevado (Jn 3, 13-14). Cristo, su misma persona, constituye la Revelación completa de Dios. En la persona de Cristo está contenida la totalidad de la verdad revelada, que es lo que nosotros asentimos por la Fe. Así, en Cristo está cumplida la Antigua Alianza, y también en Él se contienen todos los desarrollos doctrinales que ha dado su Iglesia en su magisterio.

La Ley Antigua da testimonio de Cristo, Cristo da testimonio del Padre, y la Iglesia (y el Paráclito) dan testimonio de Cristo. Podríamos trazar una suerte de esquema de «triple testimonio»: Por un lado, tenemos el testimonio «horizontal» de las Escrituras y la Iglesia: ambos testimonian verdades que algunos tienen por fe y otros tienen por ciencia. Por otro lado, tenemos el testimonio «vertical» de Cristo: Él testimonia una verdad que es revelación pura, que trasciende a la razón.

De hecho, esta cadena de testimonios es uno de los principales hilos conductores del Evangelio de Juan. Sin ser exhaustivos, repasemos las citas principales: Ya en el prólogo se menciona que Juan Bautista – sello de la Ley (Lc 16, 16) – dio testimonio de que Cristo era el Hijo de

Dios (Jn 1, 7). Cristo relaciona y contrasta este testimonio terrenal con el suyo, celestial, en Juan 5, 36-37:

«El testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan: las obras que el Padre me ha concedido llevar a cabo, esas obras que hago dan testimonio de mí: que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí.»

Por último, en Juan 15, 26-27 Cristo afirma: «cuando venga el Paráclito, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí; y también vosotros [los apóstoles] daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo». Nótese que la Iglesia está asistida por un segundo «testimonio vertical», el del Paráclito.

Para responder a la pregunta ¿es la Fe razonable? Hay que tener en cuenta que la Fe cristiana recibe «dos tipos» de testimonio: el de las personas, y el de Cristo, siendo este segundo el verdadero objeto de la Fe.

Por un lado, la Fe tiene un componente de testimonio de las personas. Los santos, especialmente los mártires, dan testimonio de la veracidad de la Fe. Para entender bien cómo se aporta certeza con su vida, primero hay que entender que es en los actos, y no en las declaraciones, donde se revela el corazón de un hombre. Esta idea, que estaba clara en la antigüedad, está totalmente destruida en la mentalidad moderna —a diario vemos declaraciones que se contradicen con los actos, ya en las personalidades públicas, en los políticos, e incluso en la vida cotidiana.

Epícteto explica en su Enquiridión que del mismo modo que la oveja no vomita hierba para demostrar al pastor que pasta, sino que produce lana y leche; así el filósofo no debe vomitar palabras, sino demostrar con sus actos su filosofía. Exactamente lo mismo dirá san Cipriano: «Nosotros somos filósofos de hechos, no de palabras». El cristiano está llamado a encarnar su Fe más que a proclamarla, pues ya Nuestro Señor lo dice claro: «no todo el que me dice 'Señor, Señor' entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre» (Mt 7, 21)

En esta clave también podemos leer la famosa cita de Santiago 2, 26 «la fe sin obras está muerta». ¿Qué valor tiene decir «amo a Dios por encima de todo» si cuando actúo no lo prímo a Él? Ninguno. Incluso si uno mismo cree pensarlo, es en sus actos donde se verá si de verdad lo ama.

En este sentido, los mártires testimonian la verdad de Cristo hasta el extremo de la muerte. Tan seguros están del evangelio, tanta certeza tiene de la Verdad de Cristo, que no les importa perder trabajo, amigos, seres queridos y hasta su propia vida terrena por seguir su ley. Ése es el testimonio que nos dan a nosotros: ¿cuán seguro estoy de que Él es el Camino, la Verdad y la Vida? Prefiero morir a fallarle.

Si nosotros conocemos la vida de los santos, o quizás tengamos la suerte de conocer a alguien de profunda vida en la fe, el hecho de que esa persona tenga tanta certeza en el testimonio de Cristo también nos aporta certeza a nosotros. Del mismo modo, si la Fe en Cristo nos la ha trasmisido una persona de la que nos fiamos, quizás un familiar o un ser querido, también nuestra confianza en ellos aporta a nuestra fe.

En los primeros siglos de Cristianismo este testimonio fue clave. Es el testimonio que vimos en 1 Cor 15, 8: san Pablo vio a Cristo y los seguidores de san Pablo se fían de su testimonio. Es también el testimonio con el que Juan cierra su Evangelio: «Este es el discípulo que da testimonio de todo esto y lo ha escrito; y nosotros sabemos que su testimonio es verdadero».

Por otro lado, está la verdad que revela el propio Cristo. Así define san Pablo la fe en el propio Cristo, el verdadero objeto de la Fe cristiana: «La fe es sustancia (*ύπόστασις, hypostasis*) de lo que se espera (*ἐλπιζομένων, elpizomenon*), argumento (*ἔλεγχος, elenchos*) de lo que no se ve» (cf. Hb 11, 1)¹. En la Suma, santo Tomás explica:

«Si alguien, pues, quisiera expresar en forma de definición estas palabras, podría decir que la fe es el hábito de la mente por el que se inicia en nosotros la vida eterna, haciendo asentir al entendimiento a cosas que no ve. Con estas palabras se diferencia la fe de los demás actos que

¹ La traducción al castellano es la de la Biblia Platense, cambiando *ἔλεγχος* por «argumento» en lugar de «prueba». En la Vulgata, *ἔλεγχος* se traduce por *argumentum* (que es como lo cita santo Tomás) y en las versiones en castellano de la Suma se traduce *argumentum* por argumento. De hecho, la traducción de

corresponden al entendimiento. Diciendo argumento se distingue la fe de la opinión, de la sospecha y de la duda, que no dan al entendimiento adhesión primera e inquebrantable a una cosa. Diciendo de cosas no vistas se distingue la fe de la ciencia y de la simple inteligencia que hacen ver. Con la expresión sustancia de las cosas que esperamos se distingue la virtud de la fe tomada en sentido general, la cual no se ordena a la bienaventuranza esperada».

Es de suma importancia la última frase. En tanto que la Fe cristiana (no tomada en sentido general) tiene como objeto la verdad divina, la cual nos revela Dios que no puede engañar-

se ni engaños, la Fe es una virtud teologal. Pues para adherirse a la verdad sobrenatural es necesario que sea infundida en el hombre una capacidad sobrenatural, que además ordena al hombre a su fin sobrenatural propio², siendo el fundamento de la esperanza y siendo su forma la caridad³.

En este momento nos acabamos de topar con el salto insalvable. A la verdad revelada no hay forma de adherirse más que con la virtud infundida de la Fe. Y sería ahora cuando podríamos preguntarnos: ¿Es la Fe razonable? Dios mediante, exploraremos esta pregunta en la cuarta y última parte de esta serie.

Hb 11, 1 del P. Felipe Scio, que traduce la Vulgata, es «argumento».

² ST, II-IIae, q. 4, a. 1

³ ST, II-IIae, q. 4, a. 3

CARTA A LOS PEREGRINOS

D. Sergio de Diego, Jefe adjunto de NSC-E

¡Hola a todos! Soy Sergio de Diego, de Alicante, soy el segundo jefe de NSC-E, y tengo algo que contaros MUY IMPORTANTE para todos vosotros de cara a la V Peregrinación de Nuestra Señora de la Cristiandad - España.

Llevo peregrinando desde la segunda edición, y si os soy sincero, en ese momento no conocía a ninguno de los organizadores. Es más, cuando me apunté no sabía que la misa se podía decir en latín. Por tanto, como podréis imaginarnos, mi vida desde entonces cambió sustancialmente, y mi implicación con la peregrinación también. Aunque esto último no estaba en mis planes...

Hace un año y medio una amiga, que sí que era de la organización, me pidió que por favor ocupara el puesto de Jefe de Familias. Yo no quería implicarme, porque lo que yo quería era hacer la peregrinación: caminar y sufrir cada kilómetro, rezar, conocer la historia de alguien nuevo, estar con todos vosotros sufriendo, en fin, lo que ya sabéis... Y aparte, menos aún quería ser voluntario en un puesto de tanta responsabilidad. Pero en atención a la necesidad e importancia del asunto, hice una pequeña renuncia y dije que sí.

Efectivamente no caminé. Sin embargo, no fue menos peregrinación y me di cuenta de que peregrinar como voluntario era ser partícipe en la construcción de un pequeño pueblecito cristiano, una pequeña pero verdadera comunidad cristiana por tres días. Cuya norma principal de convivencia es entregarse a Dios y a los demás sin medida, y esto último especialmente para aquellos peregrinos que se unían como voluntarios. En definitiva, me di cuenta de que ahora trabajaba para un bien común mayor al propio y que era algo muy superior a mí... Y eso llenó enormemente mi corazón.

Os cuento todo esto porque quiero animaros a TODOS a que abracéis esta propuesta: la de amar sin medida, entregarse a Dios y a todos, sentirse con la íntima satisfacción del deber cumplido donde sólo Dios nos ve: en lo escondido, quedarse exhausto al final del todo y ver que has sido copartícipe en hacer posible que muchas almas queden plenas y llenas del amor de Dios. Os propongo peregrinar y hacer voluntariado.

Deciros que no están los voluntarios y por otro lado los que peregrinan. Todo lo contrario, están los peregrinos que caminan, y los peregrin

nos que ponen a disposición sus humildes talentos y potencias, que por humildes que sean, son la lluvia que moja la tierra quemada, que calma el fuego abrasador, y que alivia al peregrino caminante.

Deciros que si algún día España da la vuelta será por Dios, y creo ciegamente que esta peregrinación, que no deja de sembrar vocaciones en nuestra amada tierra española, será un catalizador fundamental en la obra de Dios. En esta tarea todos participamos, pero especialmente participan aquellos peregrinos que hacen que este instrumento de Dios sea materialmente posible.

Deciros que la mies es mucha, y los operarios son pocos, no os voy a engañar. Pero Dios nos dará la fuerza que necesitamos para dar el fruto del 101%.

En fin, queridos peregrinos... Ánimo, ¡que la peregrinación está ya a la vuelta de la esquina! Armaos de valor, y animaos a peregrinar po niéndoos al servicio de esta pequeña comunidad cristiana. No os arrepentiréis.

Finalmente, la Organización os reconoce que no tendremos lo suficiente para tan noble y gallardo servicio de valor infinito, pero sabed que os ponemos en nuestras humildes oraciones, para que Dios Padre mire vuestras buenas obras con buenos ojos, y os sean tenidas en cuenta para adelantar el tesoro en el Cielo, por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, y la intercesión de su Santa Madre María.

Nos vemos pronto, si Dios quiere, camino a Covadonga a ver a la Santina un año más.

Qué Dios os bendiga.

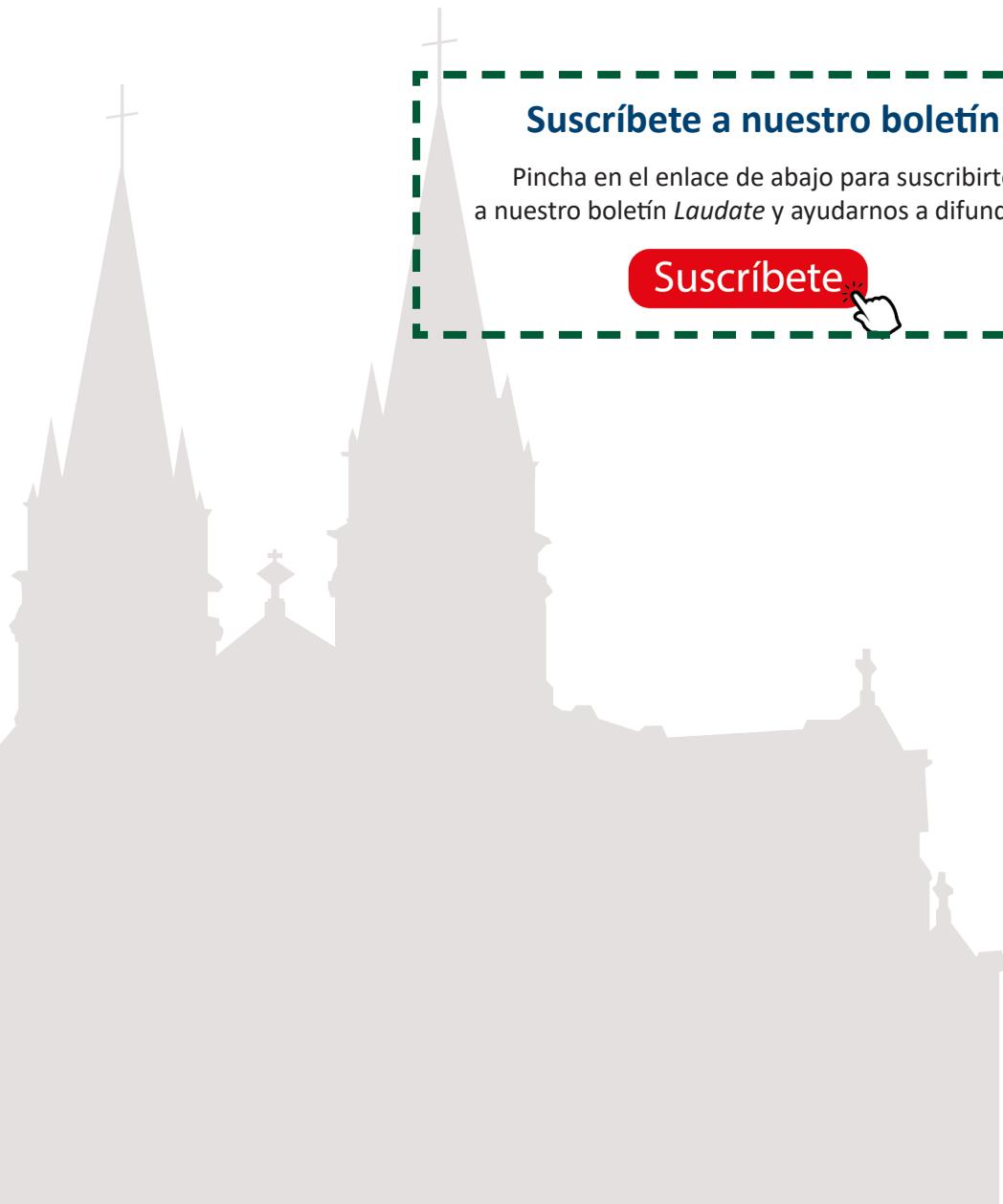
Notas de actualidad

Peregrinación NSC-E



Os recordamos que el plazo de inscripción sigue abierto hasta el 30 de este mes.

Asimismo, os animamos a inscribiros como voluntarios y vivir la peregrinación de una forma diferente.



Suscríbete a nuestro boletín

Pincha en el enlace de abajo para suscribirte a nuestro boletín *Laudate* y ayudarnos a difundirlo.

[Suscríbete](#)